

piadosos huéspedes se figuraban. Murió en Soissi el 16 de noviembre de 1241, y dejando allí su corazón, el cuerpo fué llevado á Pontigny, adonde llegó precisamente el día de San Edmundo (1). Obró el cielo muchos milagros en los dos lugares donde reposan sus reliquias, y su memoria ha permanecido en gran veneración en todo el país que le honra con el nombre de San Elmo.

Entretanto la guerra entre el Papa y el emperador continuaba con igual viveza. Ocupaba Federico la campaña y el mar con muchas fuerzas, poco á poco iba sitiando las plazas cercanas á Roma, y de esta manera se allanaba el camino para esta capital. El Papa había convocado un concilio de todos los países cristianos, y una multitud de obispos franceses, ingleses y españoles se hicieron á la vela para llegar á Roma con mas prontitud; pero la flota del emperador batió la genovesa que los escoltaba, y la mayor parte de estos prelados fueron cogidos, enviados al emperador, tratados como cautivos y casi como esclavos, durando esta cautividad cerca de dos años y costando no poco trabajo á San Luis obtener la libertad de los prelados de su reino (2). Adelantábase entretanto el emperador en persona hácia Roma, adonde era llamado por el cardenal Juan Colonna, prelado guerrero y poco escrupuloso, que abandonó el partido del Papa y con tropas imperiales tomó algunas plazas de los romanos. Rindióse Tivoli al mismo emperador, quien acercándose mas y mas ocupó varios castillos, desde donde los alemanes hacían correrías hasta debajo de los muros de Roma. Muchos grandes de la ciudad, de acuerdo con Federico, trabajaban por entregársela, cuando el Papa anunció una procesion

(1) Matth. Par. p. 486.

(2) Hist. de l'Eglise. Gall. t. 2.

general, en la que se presentó llevando en sus brazos las sagradas cabezas de los dos principes de los Apóstoles. A su vista los romanos, cuyas fuerzas se reanimaron juntamente con su confianza, toman todos la cruz, y el ejército imperial que estaba muy ageno de pensar tomasen esta resolución, se retiró para llevar á otra parte sus destrozos.

Tal era la posición de Roma cuando el Papa Gregorio IX, sucumbiendo á la pena que le causaba la cautividad de los prelados que se habían embarcado para venir al concilio, murió de edad de cerca de cien años, el 21 de agosto de 1241. Sea cuál fuese el fin que Federico se había propuesto, hizo mejor uso de sus ventajas que el que se esperaba. Dejó proceder á la elección de un nuevo Papa, y puso para este efecto libres á los cardenales sus prisioneros. Eligieron á últimos de octubre á Geofredo, cardenal obispo de Sabina, que tomó el nombre de Celestino IV; pero murió al cabo de diez y seis días, antes de llegar á consagrarse, de cuyas resultas la Santa Sede, perseguida de nuevo por el emperador y hecha el blanco de todos los reveses, estuvo vacante cerca de veinte meses, esto es, hasta fines de junio de 1243.

Cansados entonces los cardenales de ver asolar las cercanías de Roma, sus propias posesiones y las de la Iglesia romana, acordaron elegir al cardenal Sinibaldo de Fiesco, natural de Génova, de la ilustre casa de los condes de Lavaña. Fué elegido en Anagni, con el nombre de Inocencio IV, y consagrado en el mismo lugar el día de San Pedro y San Pablo 29 de junio. Este era entre todos los cardenales al que mas amaba el emperador. Sin embargo, mostró bastante inquietud al recibir la noticia de su elección. Sorprendiendo esto á todos, dijo el emperador: «El Papa y el cardenal son dos personajes muy distintos, y temo mu-

cho que, en vez de un amigo cardenal, tendremos un Papa enemigo.»

Al principio Federico aprobó las condiciones que puso Inocencio á su reconciliación con la Iglesia: prometió restituir todas las posesiones que tenía la Santa Sede antes del rompimiento, hacer otro tanto respecto de los aliados de Gregorio IX, y declarar por escrito en todas partes que nunca había despreciado las sentencias pronunciadas por este Pontífice. Confesó que el Papa, aun cuando fuera pecador, tenía la plenitud de potestad en cuanto á lo espiritual sobre todos los fieles así clérigos como legos, y aun sobre los reyes. Prometió reparar todos los agravios que había hecho, y expiar sus faltas con limosnas, ayunos y otras buenas obras. Respecto á sus propios agravios, lo dejaba al juicio del nuevo Papa y de los cardenales (1244). Estas eran las condiciones bajo las cuales se le prometía la absolución. Y si despues de la deposición ordenada contra él tan públicamente, no se halla mención alguna de rehabilitarle para la dignidad imperial y volver sus vasallos á su obediencia, la razón de ello es muy sencilla; porque así como por el mero hecho de su separación de la Iglesia perdía el emperador los derechos y honores de que gozaba á título de miembro de la Iglesia, así tambien por el mero hecho de su reintegración en la sociedad cristiana, quedaba naturalmente restablecido en sus derechos.

El emperador, despues de estos empeños solemnes que parece olvidó en el mismo momento de haberlos contraído, solo puso sus miras en sorprender á Inocencio (1). Habiendo salido de Roma este Pontífice para ir á concluir el tratado con aquel soberano, se vió de repente en tan gran riesgo, que le obligó á fugarse de Sutri á la hora del primer sueño; y montado en un

(1) Matth. Par. page 556 et 560.

caballo veloz caminó once leguas antes que se acordaran de perseguirle. Por el pronto se retiró á Citavecchia, donde se le reunieron siete cardenales, y con ellos marchó por mar á Génova su patria, la cual había enviado á este efecto veintitres galeras al mando de su almirante y de sus ciudadanos mas distinguidos, parientes ó aliados del Papa. Temiendo todavía, ya los artificios del emperador, ya la proximidad de sus ejércitos, se decidió á buscar un asilo mas seguro en aquella nación que había tendido siempre sus brazos á los Pontífices perseguidos, y pidió el benedictito al rey San Luis. Consideraciones de Estado, ó mas bien los señores de su reino impidieron á aquel piadoso monarca el condescender á los deseos de Inocencio, y la enfermedad de que se vió atacado el rey en aquellas circunstancias disuadió al Pontífice de hacer nuevas instancias.

Vióse en breves días reducido el rey á tal extremo, que le creyeron muerto, y le habrían sepultado á no resistirlo una de las damas que le guardaban. Todo París quedó consternado, y la nobleza de toda la Francia corrió á Pontoise donde estaba el enfermo, quien antes de contar treinta años hacia ya la felicidad de su reino y era el apoyo de la Religión. El abad de San Dionisio sacó los cuerpos de los santos mártires de su bóveda, y se hizo al punto una procesion en que todo el pueblo con sus súplicas mezcladas de sollozos pedía á Dios la vida de su padre y de su rey. Recobró el príncipe el habla, y la primera palabra que articuló fué el nombre del obispo de París. Así que se presentó el prelado, le pidió que le pusiese en el hombro la cruz de peregrino para hacer el viaje de Ultramar. Las dos reinas, Blanca su madre, y su esposa Margarita de Provenza, le suplicaron que aguardase al menos hasta haberse restablecido; mas él declaró que no tomaría



ningun alimento en tanto que no se le die-  
ra la cruz, y el obispo, no osando negárse-  
la, se la puso derramando abundantes lá-  
grimas. Dos años empleó el rey en hacer  
los preparativos para su expedicion.

Entretanto el Papa habia escogido para  
su retiro la ciudad de Lyon, que entonces  
era plaza neutral, y solo dependia de su  
arzobispo y de su cabildo. Llegó á ella á  
mediados de diciembre del año 1244, y en  
el mes de enero siguiente hizo la convoca-  
toria para el próximo San Juan, del concilio  
general, tan célebre por la sentencia que  
él se fulminó nuevamente contra el empe-  
rador Federico II. Tenemos algunas de sus  
cartas escritas con este motivo, una al arzo-  
bispo de Sens para él y sus sufragáneos,  
otra al cabildo de la misma iglesia, otra al  
rey San Luis y varias mas á algunos carden-  
ales. En todas ellas el Papa representaba  
á la Iglesia animada de la sabiduría y poder  
de su Divino fundador como singularmente  
destinada á hacer reinar en el mundo la  
justicia y por medio de esta sofocar entre

los hombres las divisiones y las guerras que  
les impiden gozar de una santa tranquili-  
dad (1). Con arreglo á estos principios y  
persuadido de las obligaciones anejas al  
ministerio que la Providencia le habia con-  
fiado, buscaba, decia, en el consejo y auxi-  
lio de los fieles el medio de disipar la des-  
hecha borrasca que tenia puesta en peligro  
á la Religion y á la Iglesia. Pero sin entrar  
detenidamente en menudo detalle de los  
males que pedian remedio, proponia en ge-  
neral lo que era necesario para rechazar á  
los infieles, sarracenos y tártaros, y para  
conciliar los diferentes intereses que de un  
modo tan funesto traian divididos á él que  
era el Vicario de Jesucristo y al emperador  
Federico. Este era principalmente el doble  
motivo que le impulsaba á convocar en una  
asamblea todo lo mas eminente que habia  
en la Iglesia y en el mundo cristiano (2).

(1) Labbe, t. 11, p. 636.  
(2) Hist. de l'Eglise galic. l. 32.

LIBRO CUADRAGÉSIMO.

Desde el primer Concilio general de Lyon en el año 1245, hasta  
el fin del segundo en el de 1274.

CELEBRARONSE en Lyon en menos de treinta  
años dos concilios generales, ambos cé-  
lebres, aunque por motivos muy diferentes.  
Veremos en el segundo ahogada la divi-  
sion, á lo menos por algun tiempo, entre  
los griegos y los latinos, quitado al cisma  
el título de prescripcion, y abierto nue-  
vamente el camino de la salvacion á los  
fieles de Oriente, que caminaban delante  
del Señor con mas rectitud que los gefes de  
la nacion, guiados principalmente por la  
política. Por el contrario, el grande objeto  
del primero de estos concilios fué la reno-  
vacion de la excomunion contra el empera-  
dor Federico.

Llegado que hubo el dia en que habia  
de celebrarse este concilio, hallábanse en  
Lyon, además del Papa y los cardenales,  
los dos patriarcas latinos de Constantinopla  
y de Antioquia, el patriarca de Aquileya y  
unos ciento cuarenta entre arzobispos y obis-  
pos de Italia, de Francia, de España y de las  
islas Británicas. En vano habria sido espe-  
rar otros de las iglesias de Grecia y de Si-  
ria, ó de las de Hungría y del Norte, pues  
el estado de desolacion en que estas se en-  
contraban no les permitia concurrir (1); so-  
lamente se presentó el obispo de Berito  
(Palestina), que habia logrado salvarse de los  
destrozos que causaban los Corasmines. Des-

(1) Spond, 1245, n. 11 et seq.; Rain. eod. ann. n.  
27 et seq.; Matth. Paris, p. 633, ed. 1616.  
B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

pues de los obispos habia muchos abades,  
superiores conventuales, y los generales de  
las órdenes de Santo Domingo y San Fran-  
cisco. Viéronse tambien algunos principes  
seculares ó sus diputados; Balduino, empe-  
rador de Constantinopla; Berenguer, conde  
de Provenza; Ramon ó Raimundo, conde de  
Tolosa; los embajadores del emperador Fe-  
derico, los del rey de Francia y los del de  
Inglaterra.

Federico, desde la convocacion del con-  
cilio, habia mostrado respeto de este mas in-  
diferencia que inquietud y cuidado para im-  
pedir se tratase allí algo contra él; sin em-  
bargo, no pudiendo ocultársele que habia  
cometido acciones que le ponian en eviden-  
te necesidad de procurarse votos en él, en-  
vió algunos señores ó ministros de su  
córte que hicieran en su favor el oficio de  
procuradores; entre ellos iba Tadeo de Sues-  
sa, gefe del consejo imperial, hombre en-  
tendido y elocuente, á quien se dá el título  
de caballero doctor en el estudio de las le-  
yes.

Desde luego conoció Tadeo de Suesa  
cuán peligroso seria dejar se afirmasen en  
los PP. las desfavorables impresiones que  
de su amo habian concebido. Así que, ape-  
nas el Papa reunió por la primera vez los  
prelados para una conferencia preliminar, el  
hábil ministro deslumbró á todos con la mag-  
nificencia de sus ofertas. A vista de las se-  
guridades que dió de la buena voluntad de  
Federico se estuvo á punto de empezar á